
Pierre Frank

LA INTERNACIONAL COMUNISTA:
cinco conferencias

Presentación

I

En 1969 Pierre Frank publicó un prefacio a la obra de León Trotsky *La Internacional Comunista después de Lenin*, en Presses Universitaires de France, en el que resumió la historia de la Internacional Comunista (1919-1943). Diez años más tarde publicaba su *Histoire de l'Internationale Communiste* en Editions la Breche. El viejo intelectual militante contribuía de esa manera a aclarar una experiencia política única en la historia de la clase obrera del mundo. Hasta entonces la bibliografía sobre la organización comunista se limitaba a relatos fragmentarios, historias de algunas etapas o recuentos acedémicos de la actividad de la Internacional Comunista (IC). La empresa asumida por Frank no fue ciertamente sencilla, pero pudo desarrollarla gracias a su enorme experiencia adquirida como intelectual, militante y dirigente de la clase obrera francesa y del mundo. Ese caudal de conocimientos teóricos y prácticos fue dedicado a realizar una historia marxista de la Internacional Comunista “esencialmente consagrada a los acontecimientos, por los cuales había sido creada, a los análisis que hizo, a las teorías y políticas que elaboró, a las intervenciones que realizó, a los problemas a que se enfrentó y a las crisis por las que atravesó”, como escribía el autor.

Eso motivó que las autoridades de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, conociendo de una

próxima visita de Frank a México, en el otoño de 1981, le extendiera una invitación para impartir el ciclo de conferencias sobre el tema. Pierre Frank aceptó gustoso, pero por motivos de salud no pudo asistir finalmente. El viejo militante revolucionario envió el texto de las conferencias que había preparado, para que fuesen difundidas si lo creían convenientes las autoridades de la Facultad.

Ahora que ha muerto Pierre Frank, como mínimo homenaje, se dan a conocer a la comunidad universitaria.

II

Pierre Frank falleció en su natal París el 18 de abril de 1984. Hijo de obreros rusos emigrados, dedicados al trabajo de sastrería a domicilio, nació el 24 de octubre de 1905. Su identificación con las luchas de la clase obrera, a la que pertenecía su familia, tuvo manifestaciones tempranas. A la edad de 15 años, en pleno ascenso de las luchas proletarias en Francia, se incorporó a sus combates. Su primera tarea fue organizar a los estudiantes de la Ecole Corbert, donde era alumno, y los sumó a la participación en las batallas que se libraban en las fábricas y calles parisinas. Debido a estas actividades, fue expulsado temporalmente de la escuela. Continuó estudios superiores de ingeniería en la Ecole de Physique et Chimie Industrielles de París, donde jugó un papel destacado en la organización de la Unión General de Estudiantes Técnicos de la Industria, del Comercio y de la Agricultura que era promovida por los militantes de la Unión Sindical de los Técnicos de la Industria, el Comercio y la Agricultura. Esta relación entre obreros y estudiantes, permitió a Frank ligarse al movimiento obrero y participar en la Federación de Productos Químicos de la Confederación General de Trabajadores durante muchos años. A su militancia sindical sumó la política, en el Partido Comunista Francés (PCF), a partir de 1925.

El Partido Comunista Francés (PCF) vivía como la Internacional Comunista, momentos de intensa lucha política interior. Dos concepciones políticas se enfrentaban en todos los terrenos. Una fracción, la mayoritaria, era dirigida por Stalin, la otra —la Oposición de Izquierda— por Trotsky. En el curso de los acontecimientos el joven Frank se adhirió a la Plataforma de la Oposición Unificada que en la Unión Soviética sostenían Trotsky y Zinoviev y, en Francia, Alfred Rosmer, Pierre Naville y Raymond Molinier. En 1929 Frank y sus compañeros viajaron a la isla de Prinkipo, frente a Constantinopla, donde vivía refugiado León Trotsky, después de que Stalin decretara su expulsión de la Unión de Repúblicas Soviéticas y Socialistas (URSS). Su viaje

tenía por objeto discutir con el revolucionario soviético el programa de la oposición de izquierda internacional que éste impulsaba y la organización de la misma en Francia. El propio Trotsky evaluó así la reunión: “Estos camaradas vinieron a Constantinopla a ayudarme por su propia iniciativa, bajo su propia responsabilidad y en un momento muy difícil. . . Los camaradas que son capaces de asumir esa iniciativa y ese sacrificio personal, son revolucionarios, o pueden convertirse en revolucionarios, *porque es así como se forman los revolucionarios*”.

Y este grupo de jóvenes franceses que, decía Trotsky, estaba dispuesto a dedicar tiempo y esfuerzos a editar un semanario “y movilizar a otros”, fundó en septiembre de 1929 el periódico *La Verdad (La Verité)*. Esta publicación tenía por objeto ofrecer al proletariado francés una alternativa ante la crisis capitalista y la falta de perspectivas del PCF, que se encontraba sumido en la política ultraizquierdista de Stalin, conocida como del “tercer periodo”, durante la cual los partidos comunistas fueron llamados a combatir a los socialistas, caracterizados como “socialfascistas”, en el movimiento obrero, en lugar de unir y tensar las fuerzas proletarias (comunistas, socialdemócratas y otras) para enfrentar conjuntamente la embestida capitalista.

El atrevimiento de aquellos jóvenes, entre los que se encontraba Frank, de publicar *La Verité* en diciembre de 1929, les valió ser expulsados del PCF. Se dieron entonces a la tarea de organizar, fuera del partido, la Liga Comunista (LC), constituida en 1930 y que después se sumó a la Liga de los Comunistas Internacionalistas (LCI), donde se agruparon los bolcheviques-leninistas —como se denominaban los partidarios de las tesis de Trotsky— que, pese a todo, se seguían considerando militantes de la Internacional Comunista.

Durante esos años, Frank, en su calidad de dirigente de la LC y, posteriormente, como miembro del secretariado de la LCI desarrolló una intensa actividad política en Francia y en el extranjero. Entre sus actividades se cuentan la de candidato para el Parlamento, trabajo de cooptación y organización de militantes comunistas para las tesis de la LCI, participación en congresos políticos en el país, en Alemania y España. En 1932 viaja de nuevo a Prinkipo, donde permanece un año como secretario de Trotsky.

En noviembre y diciembre de 1932 acompañó a Trotsky en su viaje a Copenhague (capital de Dinamarca) y participó en la reunión de la LCI que tuvo lugar en esa ciudad. El punto central de la conferencia fue el peligro fascista que por ese entonces amenazaba fuertemente al proletariado alemán.

En la conferencia de Copenhague se exigió a los participantes redoblar los esfuerzos, que todas las secciones de la LCI ya desplegaban para

movilizar a los trabajadores alemanes bajo la consigna del frente único contra la forma más concentrada de violencia capitalista: el fascismo.

Habiendo sido rechazados estos esfuerzos por la dirección de la Internacional Comunista, con sede en Moscú, y, por ende, por las direcciones de los partidos comunistas alemán, francés y demás, Hitler subió sin resistencia al poder, aplastando a los trabajadores y sus organizaciones sindicales y políticas.

Ante tal catástrofe de la clase obrera y la manifiesta traición de la dirección de la Internacional Comunista, una nueva conferencia de la LCI decidió renunciar a la lucha por la reforma a aquélla y llamó a la creación de una nueva internacional.

Por ese entonces, Frank y otros trotskistas franceses pugnaban por aplicar la táctica del entrismo en el Partido Socialista Francés (es decir, la táctica de entrar a ese partido para ganar a su sector revolucionario). El giro obedecía a la intensa actividad desarrollada por los reaccionarios y fascistas franceses, envalentonados por el triunfo del nazismo en Alemania, y al que debía oponerse un frente único de la clase obrera francesa para derrotarlos. Desde el Partido Socialista los militantes de la LC trabajaron para fortalecer la alianza que los socialistas habían concertado con el PCF y realizaron todo un trabajo de radicalización entre la juventud socialista que se unió en buena proporción a las posiciones que impulsaban entre otros militantes, Pierre Frank. La expulsión de los marxistas revolucionarios del Partido Socialista se produjo cuando la política de Frente Popular fue aceptada por la dirección. No cabía más la política de frente único del proletariado, como propugnaban los exmilitantes de la LC, sino la política de alianza multiclasista, incluyendo a la burguesía, que llevaría a la derrota del proletariado francés en las jornadas revolucionarias protagonizadas en 1936.

El golpe para los exmilitantes de la LC sembró confusión y dispersión entre sus filas. Ante esa situación Pierre Frank y Raymond Molinier, buscaron un reagrupamiento político que incluyera a los antiguos militantes de la LC y a los simpatizantes de su posiciones en el Partido Socialista, y para el efecto publicaron el periódico *La Commune*. El hecho no fue bien recibido por otros ex-dirigentes de la LC, quienes vieron en ello una política aventurera.

La posición de Frank y Molinier fue irreductible, y no escucharon los llamados de los otros miembros de la LC a trabajar de manera unificada. Ello llevó a que el trotskismo francés viviera diez años escindido. La política de Frank y Molinier condujo a la formación del Partido Comunista Internacionalista (PCI) en 1936, que dirigió su acción principalmente en las fábricas y los sindicatos. Al arribo de la Segunda Guerra Mundial, el partido de Frank desarrolló una intensa campaña desde la

perspectiva pacifista revolucionaria, alertando al proletariado francés sobre el carácter imperialista del conflicto e instándolo a desarrollar un derrotismo revolucionario frente al auge del patrioterismo burgués. Esta campaña fue bloqueada por la burguesía francesa y por las direcciones del PCF y el Partido Socialista Francés (PSF). Giradas órdenes de aprehensión en su contra, Frank y el otro dirigente del PCI, Molinier, fueron condenados a 10 años de prisión por su campaña antibélica. Sin embargo, ambos lograron escapar a Gran Bretaña, donde se refugiaron. Ahí fueron identificados como “subversivos” y Frank fue detenido en un campo de prisioneros en la isla de Man, mientras Molinier logró evadir la acción de la “justicia” británica, exiliándose en América Latina.

Estando en Gran Bretaña, Frank se enteró del fallido atentado que contra Trotsky y su familia perpetrara, el 24 de mayo de 1940 —en Coyoacán, México— una banda de estalinistas comandada por el pintor David Alfaro Siqueiros, quien seguía órdenes de Moscú. Frank envió una carta a Trotsky solidarizándose con él, a la cual éste repondió que, pese a las diferencias surgidas entre ellos, la mejor solidaridad que podían ofrecer Frank y sus amigos era la de retornar —escribió el viejo revolucionario ruso en clave— “a la familia”, a la Cuarta Internacional que se había constituido en un suburbio parisino en 1938. Frank y sus compañeros aceptaron, pero la unificación se daría hasta febrero de 1944, al conformarse el Partido Comunista Internacionalista (PCI). En 1943, Frank fue liberado y desarrolló actividades políticas con sus camaradas ingleses y alemanes refugiados en Gran Bretaña, ya que la guerra impedía su retorno a Francia. En septiembre de 1945 las autoridades inglesas volvieron a aprehenderlo, pero fue liberado por la campaña que entre el proletariado inglés realizaron sus compañeros. Cuando regresó a Francia, en 1946, la “justicia” burguesa lo condenó a un año de prisión por sus actividades antibélicas ejercidas antes de la guerra.

En libertad reemprendió su actividad política, siempre bajo persecución. Pronto fue nombrado miembro de la dirección del PCI y como tal impulsó una reunión de la Cuarta Internacional, que había mantenido una doble dirección durante la guerra. Poco después el secretariado internacional y el secretariado europeo de la Cuarta Internacional organizaron una conferencia mundial en la primavera de 1946. En ella, Frank participó como integrante del Buró Político del PCI, siendo nombrado miembro del secretariado internacional y director de su órgano teórico: la *Cuarta Internacional*; sin embargo, denunciada la conferencia, ésta fue dispersada por la policía. Esto no interrumpió las tareas de Frank, que a partir de entonces se convirtió en uno de los principales organizadores del PCI y la Cuarta Internacional. Su trabajo no queda en lo político y administrativo, pues su tarea primordial fue el trabajo

intelectual, que se expresó en sus ponencias a los congresos nacionales e internacionales, su producción para los órganos periodísticos de la organización y su destacada labor en la formación política de miles de militantes en escuelas de cuadros, celebradas en todas partes del mundo.

La vida de Frank se confunde con la de su propia organización. Interviene en todas las tareas de importancia. Sus acciones fueron del terreno electoral al de la acción de masas, a las insurrecciones. Por su actividad internacionalista fue perseguido y condenado en relación a batallas tan importantes como la solidaridad con los pueblos de Vietnam (1946-1954) y Argelia (1956-1961) en lucha anticolonialista contra el imperialismo estadounidense y francés. Otro tanto le sucedió por su participación destacada, junto a otros, en las jornadas revolucionarias de mayo de 1968 en Francia, que paralizaron las universidades e impulsaron a la calle a 10 millones de trabajadores en huelga.

Pierre Frank trabajó siempre —con errores y aciertos— a lo largo de su vida, en la lucha por la construcción y consolidación de una vanguardia revolucionaria en su país. Particularmente, las jornadas revolucionarias de 1968 —cuando el proletariado francés rompió el mito de la armonía social capitalista— fueron aprovechados por Frank y por los nuevos militantes marxistas revolucionarios surgidos entonces, para fundar la Liga Comunista en 1969. Ahí fue también miembro de su Buró Político. Y cuando el gobierno de la burguesía francesa proscribió la LC, en 1974, Frank participó en la construcción de su sucesora inmediata, la Liga Comunista Revolucionaria (LCR).

Desde entonces, y hasta el día de su muerte, Frank supo estar a la altura de los combates y responsabilidades que asumió con su organización nacional e internacional. Por ello sus camaradas lo consideraban imprescindible.

III

Uno de los trabajos de Frank que adquirió más relevancia y permanencia en la Cuarta Internacional y en el movimiento obrero, fue la de la formación de cuadros revolucionarios en numerosas escuelas socialistas, a través de sus diversas obras como periodista revolucionario y ensayista destacado. Su obra entera podría ocupar muchos volúmenes. Sus escritos fundamentales son los siguientes: *La semana del 6 al 12 de febrero de 1934*; *Es necesario tomar las fábricas* (de junio de 1936); *¿Después de De Gaulle, qué?*; *Mayo del 68*; *Construir el partido revolucionario, una revisión del trotskismo*. Destacan también sus introducciones a varias obras de autores marxistas clásicos, como la hecha a *La Internacional*

Comunista después de Lenin, la importante obra de Trotsky sobre la internacional comunista en su primera etapa de degeneración reformista y burocrática; o aquella a *La Internacional Sindical Roja*, del sindicalista soviético Losovsky, que no hace mucho publicó la editorial española Akal.

Frank escribió obras dedicadas al estudio del movimiento socialista y obrero internacional. Este es el caso de la *Historia de la Cuarta Internacional*, publicada en español por la Editorial Bárbara, de Colombia, y por Cuadernos Rojos, en Argentina. De *El estalinismo*, editada por Fontamara en España. La *Historia de la Internacional Comunista (1919-1943)*, publicada en París por la Editorial Breche, pronto aparecerá en México con un apéndice —que no concluyó— sobre la Internacional Comunista en América Latina.

Alejandro Gálvez

LA INTERNACIONAL COMUNISTA: CINCO CONFERENCIAS*

I. Cinco años de avance: 1919-23

La cuestión de la Internacional ha estado ligada a la del socialismo desde los orígenes del movimiento obrero. La tentativa más importante de crear una internacional revolucionaria fue la de la Internacional Comunista (IC) en 1919, después de la victoria de la Revolución de Octubre. La IC vivió cinco años de ascenso y a ellos dedicaré mi primera exposición. Después vino un largo periodo de declinación y de agonía, del cual hablaré posteriormente.

Hay partidos comunistas de dimensiones y de influencias variables que han subsistido en los países capitalistas. Otros están a la cabeza de Estados donde el capitalismo ha sido eliminado como modo de producción principal. Todos estos países atraviesan actualmente por crisis ligadas de una u otra forma a lo que comúnmente se llama la crisis internacional del stalinismo. En la tercera exposición examinaré la crisis de los partidos que dirigen Estados, particularmente la crisis actual de Polonia.

En la cuarta alocución trataré sobre los partidos en los países capitalistas, particularmente en lo que se refiere al Partido Comunista Francés (PCF). Mi última exposición tendrá como tema la cuestión teórica de la internacional en su actual situación. Por el tiempo disponible, sólo ex-

* Traducción del francés de Elena Tovar Gálvez.

plicaré estas instancias a grandes rasgos. Debo agregar que soy miembro de la Cuarta Internacional y que abordaré estos temas desde un punto de vista trotskista.

Como dije anteriormente, el movimiento obrero se orientó desde muy temprano hacia la creación de una Internacional. Marx animó a la Primera Internacional, la cual, al cabo de algunos años, murió a causa de la derrota de la Comuna de París. La Segunda Internacional, creada en 1889, agrupó especialmente a los partidos de masas europeos, pero se desintegró en agosto de 1914 cuando casi todos sus partidos, cada uno por su cuenta, se pusieron al servicio de su propia burguesía al declararse la Primera Guerra Mundial. Los que no declinaron, quisieron construir una Internacional cuyas bases le evitaran tal suerte.

La victoria de la Revolución de Octubre apresuró la creación de la Internacional Comunista, dotándola de características diferentes a las de la Segunda Internacional. El congreso de fundación tuvo lugar en marzo de 1919, en un periodo en el que imperaba un bloqueo a la Rusia soviética, y no reunió más que a un pequeño número de delegados que a excepción del partido bolchevique, representaba sólo a débiles organizaciones. El bloqueo sólo pudieron cruzarlo un alemán, un austriaco y un escandinavo, la IC se creó a pesar de la resistencia del delegado alemán. Después de este congreso, dieron comienzo en el movimiento obrero mundial, especialmente en los partidos socialistas de masas, grandes debates a favor o en contra de la adhesión a la IC. Al segundo congreso, que tuvo lugar en el verano de 1920 en Moscú, asistieron representantes de partidos vinculados con las masas.

Estos dos primeros congresos adoptaron textos que determinaban las bases fundamentales de la IC a las que debían suscribirse los partidos que querían ser miembros. A diferencia de la Internacional que fracasó en agosto de 1914, exigían la eliminación de los reformistas y los centristas de los partidos, haciendo de la Internacional, no una organización federativa de partidos nacionales que no tenían particularmente obligación alguna hacia la internacional ni entre ellos, sino una organización basada en el centralismo democrático; democrática en la elaboración política, centralizada en la acción. El objetivo que se fijaba a las secciones era la dictadura del proletariado bajo la forma de repúblicas de consejos (sóviets) elegidos democráticamente. Exigían la combinación de un trabajo ilegal con un trabajo legal, la utilización revolucionaria de las tribunas parlamentarias, y llamaban a las masas de los países coloniales a rebelarse contra el imperialismo y a los partidos de las metrópolis a apoyar las rebeliones de estos países. Debe agregarse que después del segundo congreso tuvo lugar, en Bakú, el Congreso de los Pueblos de Oriente, el primero de este tipo en el que participaron repre-

sentantes de movimientos de estos países. La mayoría provenía de los territorios que habían sido colonizados al interior del imperio zarista o de territorios periféricos a éste, en los que la Revolución de Octubre y la política del gobierno bolchevique de la época habían despertado a grandes masas a la vida política. El congreso de Bakú marca el principio de los movimientos antimperialistas que con el tiempo fueron creciendo y se extendieron después de la Segunda Guerra Mundial a todos los continentes.

Después de la Primera Guerra Mundial, el centro de la revolución mundial estaba todavía en Europa, especialmente en Europa central. Durante el Primer Congreso de la IC se habían proclamado repúblicas de consejos en Baviera y en Hungría, que mantuvieron una corta existencia, ya que fueron aplastadas por fuerzas contrarrevolucionarias locales y extranjeras. En los años 1919 y 1920, levantamientos, rebeliones y huelgas generales se produjeron en muchos países (España; Austria; Italia, con ocupación de fábricas en Turín; Francia; Gran Bretaña; etcétera). Los movimientos más importantes que hubieran podido tener consecuencias decisivas se produjeron en Alemania, país derrotado en la Primera Guerra Mundial.

Los dos primeros congresos habían creado la IC y establecido los principios fundamentales sobre los que se basaría su actividad. Pero, casi inmediatamente después del segundo congreso, se plantearon problemas estratégicos y tácticas que eran absolutamente nuevos para el movimiento obrero. Desde hacía décadas este movimiento había estado ampliamente unificado al interior de la Segunda Internacional, agrupaba a revolucionarios y reformistas sin demasiadas dificultades por el hecho de que las tareas de esta época no presentaban, a plazos relativamente cortos, el problema de la lucha por la conquista del poder. En la segunda mitad de 1920, el capitalismo se había repuesto y lanzó una ofensiva económica y política contra la clase obrera para reconquistar el terreno que había perdido inmediatamente después de la guerra. Era notable, entre otras cosas, la existencia en cada país de dos partidos obreros rivales y, también frecuentemente, de dos organizaciones sindicales rivales. Otro fenómeno sembró también problemas en los partidos comunistas. El hecho de que el poder soviético, después de haber triunfado sobre la contrarrevolución rusa y extranjera, se encontrara a la cabeza de un país económicamente devastado y, para superar tal situación, tuviera que establecer lo que se llamó la NEP (Nueva Política Económica), era una especie de retroceso que incluía un restablecimiento del mercado y daba cierta libertad de acción a las fuerzas neocapitalistas.

La mayoría de los que se incorporaron a los partidos comunistas,

incluyendo muchos de sus dirigentes, casi no tenía experiencia en luchas revolucionarias y carecía de formación marxista. Bajo los asaltos de la ofensiva capitalista, varios de los más jóvenes giraron hacia orientaciones de tipo ultraizquierdista, algo que no era nuevo y que después resurgió. La existencia de la IC estaba en peligro. Fue necesario que en el tercer congreso, que tuvo lugar en 1921, Lenin y Trotsky intervinieran con toda su fuerza de convicción política y con todo el prestigio que les envolvía, para hacer adoptar una política que el cuarto congreso –en 1922– confirmó y delineó. Esta política estaba destinada a establecer la unidad de la clase obrera en las luchas y en la formulación de perspectivas y consignas en un frente, que haría desembocar a los movimientos basados en reivindicaciones inmediatas en luchas anticapitalistas por la conquista del poder. Tal política se adoptó no sin discusiones internas llevadas abiertamente, bajo la forma de luchas de tendencias o de fracciones.

Durante estos cuatro primeros congresos, que ocuparon los cinco primeros años de la república soviética, todo se hacía a la luz del día. La unanimidad raramente se obtuvo. Los dirigentes del partido bolchevique de esa época, empezando por Lenin y Trotsky, disponían ciertamente de un inmenso prestigio, de una gran autoridad política, pero no intervenían más que para convencer políticamente, nunca para imponer sus puntos de vista ni para tratar de subordinar la política de los partidos comunistas a las necesidades de la diplomacia soviética.

En este periodo, hubo un error importante de parte de los bolcheviques, incluidos los más capaces de ellos. La victoria de octubre de 1917 les dio una visión demasiado optimista sobre la eliminación del reformismo de la clase obrera y el curso de la revolución mundial. Eso se sintió durante los dos primeros congresos y empezó a rectificarse a partir del tercero.

Es, digamos de paso, un error bastante frecuente entre los militantes revolucionarios, sobre todo de los periodos de extrema tensión.

A pesar de este error, el periodo fue, en su conjunto, de reforzamiento de la IC, no tanto desde un punto de vista numérico, sino de la cohesión política interna y de la influencia en el antiguo movimiento obrero y en los movimientos de masas nacientes en los países de estructura colonial. Esto era importante, ya que el antiguo movimiento obrero no estaba preparado en absoluto para la situación abierta desde 1914. La IC había adquirido, de esta forma, un alcance superior al de las internacionales que la habían precedido, un alcance que se prolongó mucho tiempo y que asustó al mundo capitalista durante ese periodo.

A partir de 1923, la IC tomó un rumbo que a la larga resultaría decadente y que finalmente desembocaría en su descomposición y, después,

en su muerte. Dos hechos considerables son la base de este viraje. El primero es el nacimiento y el desarrollo de lo que después se llamó estalinismo. El segundo, es la derrota de la revolución alemana, la cual comenzó con el fin de la guerra de 1914-1918 y se extendió hasta 1923.

Desde principios de siglo, todos los marxistas de la Segunda Internacional consideraban que Alemania estaba madura para la revolución socialista, a causa del desarrollo impetuoso de su economía y de la potencia de la organización de su clase obrera. Cuando los bolcheviques tomaron el poder en 1917 no pensaban en absoluto construir el socialismo al interior de una Rusia económica y culturalmente atrasada. A pesar de la traición de la socialdemocracia alemana en 1914, ponían todas sus esperanzas en la revolución socialista en Alemania; podríamos decir que la misma creación de la IC tenía como primer objetivo contribuir a esta victoria. Durante cinco años, esta esperanza fue, con justa razón, el centro de sus preocupaciones.

La revolución estalló en Alemania en noviembre de 1918 e inmediatamente forzó al Kaiser a abdicar. De 1918 a 1923, la revolución alemana fue una realidad tangible.* Desde noviembre de 1918 se crearon consejos en las fábricas, en el ejército y en la marina alemanes. En los años siguientes, millones de hombres y mujeres participaron en poderosas manifestaciones, decenas de miles de hombres combatieron armados, decenas y decenas de miles fueron apresados, muchos condenados a muerte y ejecutados. Hay una grande, muy heroica historia de la revolución alemana que, desafortunadamente, desconocen las generaciones jóvenes, inclusive en Alemania.

El nazismo, con toda la bestialidad que ejerció contra la clase obrera alemana, mal se explicaría si el capitalismo alemán no se hubiera sentido tan amenazado por la revolución proletaria.

Los grandes momentos de esta revolución, que no siguió una vía rectilínea, son:

En noviembre de 1918 arrancó espontáneamente en la marina, arrastrando después al ejército y a la población trabajadora, afectó al régimen capitalista, reemplazó a la monarquía de los Hohenzöllern por una república. Algunas semanas después, en enero de 1919, un levantamiento revolucionario de los obreros de Berlín trató de derrocar al régimen capitalista, pero fue aplastado por fuerzas armadas reaccionarias dirigi-

* Ocurrieron tantos sucesos desde entonces y están tan lejanos que algunos niegan actualmente su existencia. Sin querer entablar una polémica en esta exposición, debo decir que Claudín, al afirmar en su libro sobre la IC —interesante en muchos aspectos— que no era posible una revolución socialista en Alemania, comete un gran error.

das por un gobierno socialdemócrata (fue entonces cuando se produjo el asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.) En marzo de 1919, una república de consejos fue proclamada en Baviera y rápidamente fue aplastada en condiciones similares a las de Berlín. El dirigente comunista Eugen Levine fue asesinado; la contrarrevolución, con nuevos bríos, en marzo de 1920 intentó dar un golpe de Estado que se ha denominado el “putsch Kapp-Lutwitz”, por llamarse así el alto funcionario del Kaiser y el general que lo dirigieron.

Este golpe falló ante la huelga general lanzada en toda Alemania por el dirigente de los sindicatos, Legien, quien sin embargo, era un reformista.

Después de esto, la lucha de clases resurgió intensamente. En marzo de 1921, la dirección del Partido Comunista Alemán entabló una lucha armada en la región central de Alemania y la detuvo por la falta de respuesta en el resto del país; miles de obreros habían participado en esta confrontación. En 1923, después de la ocupación del Ruhr —región decisiva para la economía alemana— por las tropas francesas y de la “resistencia pasiva” que opuso la burguesía alemana, se vino una inflación que sobrepasó todo lo visto hasta entonces en este aspecto en el mundo que provocó un gran deterioro de la economía alemana. El resultado fue un movimiento revolucionario enorme. En julio, una huelga general espontánea derrocó al gobierno de Cuno. La cuestión de la lucha por el poder se encontraba a la orden del día, pero la dirección del Partido Comunista Alemán, que sufría aún secuelas por la acción de marzo de 1921, no comprendió a tiempo el curso de los sucesos, vaciló considerablemente en lanzarse a la vía revolucionaria y, finalmente, en octubre de 1923, después de haber realizado los preparativos técnicos, retrocedió sin entablar el combate.

Al estudiar detalladamente los sucesos de estos cinco años, no puede decirse con certeza que la revolución alemana hubiera podido triunfar, pues no se puede afirmar lo que hubiera resultado de una gran batalla si ésta se hubiera realizado. Pero es difícil no llegar a la conclusión de que la combatividad y el espíritu de sacrificio no faltaban entre los obreros, pero que la dirección del partido revolucionario no estaba a la altura de las circunstancias. En países tan complejos socialmente como Alemania, no basta con una coyuntura favorable para que una revolución triunfe, también es muy importante tener una dirección revolucionaria altamente calificada, capaz de unir a toda la clase obrera en la acción a pesar de sus divisiones políticas; diferenciando las clases medias con el fin de asociar una parte de éstas a la clase obrera y de neutralizar a la otra. La dirección del Partido Comunista Alemán en esta época, como lo prueba un estudio detallado, actuó varias veces a contratiempo,

participando en ocasiones demasiado prematuramente o, al contrario, dudando en periodos de ofensiva de la clase obrera.

¿Qué hizo la Internacional Comunista (IC) durante estos años? En algunos casos ayudó a la dirección alemana a rectificar algunos errores o debilidades; ayudó al comunismo a ganar la mayoría del Partido Socialista Independiente [alemán] que reunía a centenares de miles de miembros al final de la guerra; rectificó los errores izquierdistas de marzo de 1921; llevó al partido a una política de frente único que lo reforzó. Pero en el curso de 1923, la IC sufrió las consecuencias de la crisis que había comenzado en la Unión Soviética y de la cual surgiría el estalinismo. La dirección del Partido Comunista Alemán, que ya mostraba titubeos, duró todavía más por las divergencias que se manifestaron en la dirección del partido bolchevique.

Con la *debacle* de octubre de 1923 en Alemania se termina el periodo de luchas revolucionarias en Europa después de la Primera Guerra Mundial. Todas las energías que contenía se habían agotado. Comenzaba un periodo de relativa estabilización del capitalismo, que no duraría mucho tiempo, ya que con la guerra mundial había empezado una crisis general del capitalismo que, desde entonces, no ha dejado de existir, pasando por toda clase de alternativas económicas y políticas. El de 1919-1923 fue para la IC —repito— un periodo de progreso que renueva y enriquece al marxismo revolucionario. En el periodo que siguió, mucho se desharía. Solamente minorías muy débiles resistieron a la descomposición y mantuvieron los acopios teóricos y políticos de estos cinco años frente a la propaganda capitalista y a todas las desfiguraciones que se presentaron y que arrastrarían a muchas y graves derrotas de la clase obrera y de las masas.

II. Descomposición y muerte de la Internacional Comunista:1933-43

Para entender lo que pasó a partir de 1923 en la Internacional Comunista (IC) y el movimiento comunista mundial, debe comprenderse lo que tuvo lugar en la Unión Soviética a lo largo de algunos años. No fue un fenómeno repentino, brutal, sino una transformación bajo una forma insidiosa, prolongada en el tiempo, antes de que apareciera el estalinismo con todos sus rasgos más repulsivos. Este desarrollo represivo, que Víctor Serge ha llamado correctamente “el oscuro viraje”, no fue evidente para muchos sino hasta que hubo acabado. Ya mencioné que después de la guerra civil y la intervención extranjera, el poder soviético se había visto obligado a poner la reserva y restablecer un cierto mercado de productos de consumo. En seguida se dieron cambios importantes en las relaciones sociales.

La clase obrera había sido reducida numéricamente, estaba agotada físicamente y ya no tenía esperanza en victorias revolucionarias próximas en el mundo: estaba aplastada por las dificultades de la vida cotidiana. Los campesinos, sin la carga de los propietarios terratenientes se encontraban mejor, pero la industria no tenía la capacidad para proveer los productos que necesitaban en cantidades suficientes. Se produjeron diferenciaciones, en su seno empezó a manifestarse cierta burguesía, pero en la nueva sociedad; una capa social adquirió una importancia que sería mayor, la capa que formaba el aparato del Estado, el aparato de la economía del Estado, el ejército, y a los que poco a poco se sumaban al aparato del partido, de los sindicatos y de otras organizaciones obreras. Esta capa, en una palabra, era la burocracia de la nueva sociedad.

Lo ocurrido en 1914 en los partidos socialistas había mostrado el peligro que podía constituir la burocracia obrera para la lucha revolucionaria. Pero no se pensaba que el peligro fuera tan grande en un Estado en el que la clase obrera hubiera tomado el poder. Eso sucedió en la Unión Soviética, un país atrasado económica y culturalmente. La burocracia estaba formada por algunos ex-funcionarios del antiguo régimen que no se habían podido reemplazar, oficiales y suboficiales formados en la disciplina militar, arribistas que se habían filtrado en el partido que tenía el poder. Todos estaban deseando, una vez instaurada la paz, aprovechar su posición para mejorar su condición de vida, que era aún difícil, y asegurarse privilegios. La burocracia se elevó por encima de las demás capas de la sociedad y, a su vez, fue corrompiendo poco a poco al partido. Al principio, muy pocos comprendieron este peligro. Varias veces Lenin y Trotsky se encontraron en minoría en el Buró Político sobre cuestiones concernientes a la burocracia. La enfermedad y posteriormente la muerte de Lenin agravaron la situación en la dirección del partido. La burocracia encontró un poderoso apoyo en la secretaría de organización del partido dirigida por Stalin, quien, por su carácter, era muy poco sensible a las consecuencias del peligro burocrático. El desenlace de 1923 en Alemania reforzó a la burocracia, le facilitó darle un fuerte golpe a aquellos que consideraba sus enemigos en el partido; condenó a Trotsky e instauró en el partido las primeras medidas de un régimen antidemocrático.

Por lo que toca a su intromisión en la IC, hablaré en primer lugar de dos ejemplos para los siguientes años que acabaron en gigantes derrotas de masas. El primero se refiere a la política oportunista y derechista que siguió la IC en 1925; el otro, el camino sectario y ultraizquierdista de 1929 a 1933.

El primer gran levantamiento del mundo colonial de la posguerra fue la segunda revolución china de 1925-1927. Era un eco de la Revolución

de Octubre de acuerdo a las dimensiones de China. Al principio, el Partido Comunista Chino (PCCH) era todavía débil, pero empezó a crecer y a organizar a la clase obrera en sindicatos, y sus militantes ocupaban también puestos en el ejército de Kuomintang. Entonces, la dirección soviética y con ella la de la IC obligaron al PCCH a entrar en el Kuomintang y a subordinarse a su política. Tales direcciones negaban que el Kuomintang fuera un partido burgués y pretendían que era un bloque de la burguesía nacional, los obreros, los campesinos y los intelectuales. En el momento en que la ola de revolucionaria alcanzaba su clímax no se trató de crear consejos de obreros y campesinos, y de armar a los trabajadores, sino de sostener al ejército del Kuomintang dirigido por Chang Kai-Shek, quien, una vez en Shangai, mandó asesinar a millares de trabajadores de esta ciudad. Después de esto, otro dirigente del Kuomintang, Wan Tin-Wei, supuestamente de izquierda, siguió la misma política y no tardó en imitar a su predecesor.

Simultáneamente a la aplicación de esta política, la Oposición Unificada —que denunciaba la política oficial— del Partido Bolchevique, bajo la dirección de Trotsky y Zinoviev era calificada como menchevique, expulsada del partido y deportada a Siberia. La burocracia tuvo a partir de entonces todo el poder del país.

La dirección de la época de Stalin y de Bujarin pretendía que la revolución china no sería más que una revolución burguesa dirigida contra el imperialismo y el feudalismo, la cual daría nacimiento a una “democracia de nuevo tipo”, una “dictadura democrática de obreros y campesinos”, fórmula que Lenin había planteado desde 1917, pero que en 1950 no había sido aplicada ni lo fue nunca. De hecho, la revolución china, derrotada en 1927 y luego victoriosa en 1949, demostró en los hechos que la teoría de la revolución permanente, formulada por Trotsky en 1905-1906 sólo para Rusia, se había vuelto después de octubre válida a escala del mundo colonial. Después de la derrota de la Segunda Revolución China, el Partido Comunista Chino sólo logró salvar a parte de sus miembros, refugiándose entre los campesinos, cuyos levantamientos encabezó.

El otro ejemplo nos lleva a Europa durante la gran crisis económica que sufrió el mundo capitalista a partir de 1929. Ninguna de las crisis periódicas que habían atacado a la economía capitalista desde hacía más o menos un siglo habían tenido tal fuerza. Alemania fue uno de los países más afectados. Cerca de la mitad de la clase obrera se quedó desempleada. La derrota de 1918 había favorecido el desarrollo de fuertes corrientes reaccionarias, en particular el fascismo alemán, conocido como nacional-socialismo, dirigido por Hitler. Gran parte de la clase media lo seguía, como muchos jóvenes que al salir de la escuela no

encontraban trabajo o alguna actividad en la economía. Un partido revolucionario hubiera unido a los obreros que sí tenían empleo con los desempleados, en contra del capitalismo y su instrumento de combate, el nacional-socialismo.

Pero luego de años de seguir una política oportunista que había terminado en fracasos como el de China, la dirección soviética y después la de la IC se lanzaron a una política ultraizquierdista que tomó el nombre de “política del tercer periodo”, denominación que no significaba gran cosa, pero cuyo contenido fue desastroso. En medio de la situación que había engendrado la crisis, la IC concluía que la socialdemocracia y los sindicatos reformistas se convertían en “social-fascistas”, incluyendo la mayoría de sus miembros. Sobre la base de tales premisas ya no se trataba de hacer un frente único con las organizaciones “social-fascistas”, sino únicamente con aquellos de sus miembros que las abandonarían. Según esta política, el “social-fascismo” constituía el peligro principal para la clase obrera, no se podía ignorar el “bosque social-fascista” viendo sólo los árboles fascistas.

Primero que nada había que derribar al “social-fascismo”, para poder después derrotar al fascismo. En esa época, la mayor parte de los trabajadores empleados eran miembros o simpatizantes del Partido Socialdemócrata y de los sindicatos, mientras que gran parte de los militantes del Partido Comunista Alemán eran desempleados, a tal grado que esta política acentuó la división económica y política entre la clase obrera y se llegaron a dar algunos casos de enfrentamientos entre trabajadores. Se vieron cosas fuera de lo común. En Berlín, por ejemplo, que tenía un ayuntamiento socialdemócrata, se vieron uno junto a otro estandartes comunistas y nazis para empujar a la huelga a los obreros del transporte público de la ciudad. Entonces, en un momento de la aplicación de esta política, los “social-fascistas” se extendieron hasta los miembros de las organizaciones socialistas de niños y tuvieron lugar pleitos entre pioneros comunistas y pioneros socialdemócratas. Los que combatían esta política, los que preconizaban el frente único entre el Partido Comunista y el Partido Socialdemócrata contra el peligro nazi, también eran calificados como fascistas.

Combinada con una política de colaboración de la clase exagerada y de parlamentarismo burgués miserable del Partido Socialdemócrata, la política del Partido Comunista desmoralizó y desmovilizó a la clase obrera alemana; lo cual permitió a Hitler acceder al poder sin encontrar resistencia. Las consecuencias más trágicas fueron la atomización de la clase obrera alemana por más de 20 años, la Segunda Guerra Mundial y la ocupación casi total de Europa por el nazismo. Al tomar Hitler el poder, destruyó rápidamente al Partido Comunista Alemán, que era la

sección más fuerte de la IC después del partido soviético. Tanto política como prácticamente, la IC había recibido un golpe mortal. Vegetó miserablemente todavía diez años más, con una expresión cada vez menor, sin fuerza de movilización. Los partidos comunistas corrieron diferentes suertes según los países en los que funcionaban.

La dirección soviética, Stalin —de hecho—, comprendió demasiado tarde el peligro que constituía la llegada de Hitler al poder. Decidió ordenar un viraje político de 180 grados a la IC y a las secciones, que al ejecutarlo perdieron todo carácter revolucionario que hubieran podido conservar hasta entonces. Los partidos comunistas, en varios países, se unieron a los partidos socialistas y a partidos burgueses para practicar una política de colaboración de clases, llamada frente popular. En los países que parecían susceptibles de comprometerse en una alianza con la Unión Soviética en contra de la Alemania nazi en caso de guerra, esta política implicó, entre otras cosas, el abandono de todo trabajo antimilitarista, la renuncia al apoyo a los movimientos antimperialistas de los partidos comunistas de las metrópolis y el sabotaje de cualquier lucha en pro de la revolución socialista, precisamente ahí donde se encontraba directamente presente. El ejemplo más evidente al respecto —aparte de Francia, en donde la huelga general con la ocupación de las fábricas de junio de 1936 fue aplastada bajo el pretexto de que “hay que saber terminar una huelga”— es el de España. En este país, apenas había triunfado electoralmente el frente popular, el ejército dio un golpe de Estado para derrocar al gobierno que era resultado de la mayoría parlamentaria y el régimen democrático.

Al principio, el golpe de Estado fracasó ante el levantamiento de los trabajadores de las grandes ciudades. Los trabajadores se armaron, eligieron comités y tomaron medidas anticapitalistas. Estalló una guerra civil que duraría más de tres años. La contrarrevolución recibió ayuda armada de los gobiernos fascistas de Alemania, Italia y Portugal. Frente a eso, los gobiernos de Gran Bretaña y de Francia, apoyados por el soviético, optaron por la “no intervención”; una ficción diplomática de la cual se burlaron los gobiernos fascistas mientras que el campo republicano se encontró prácticamente desprovisto de armas. Los partidos obreros, socialista y comunista, reincorporaron al gobierno algunos políticos burgueses, limitaron el objetivo de la guerra civil a la instauración de una democracia burguesa que no podía mantenerse de pie. Los trabajadores de Barcelona, que en mayo de 1937 quisieron ir más allá de ese objetivo, fueron reprimidos, aplastados.

Durante la guerra civil, el Kremlin estuvo lejos de practicar la “no intervención” hacia los militantes españoles, y los militantes que habían llegado de otros países para combatir al fascismo sin renunciar al pro-

grama de la revolución socialista. Brigadas de los servicios especiales soviéticos se dedicaron al asesinato sistemático de esos militantes. Esta represión se extendió hasta las filas de las Brigadas Internacionales, en contra de aquellos que manifestaban tendencias no conformistas, desde el punto de vista del estalinismo.

Estos sucesos de la guerra civil de España se produjeron en el mismo periodo en que Stalin, una vez que fue todopoderoso en la Unión Soviética, se dedicó a las “purgas”, iniciadas con los procesos de Moscú, los cuales liquidaron a casi todos aquellos que habían desempeñado un papel importante en la Revolución de Octubre, y a gran parte de los miembros de las jóvenes generaciones que se habían destacado durante la revolución. Estas “purgas” se extendieron y alcanzaron a muchos cuadros de la economía, del ejército, de las universidades, etcétera, sin mencionar a quienes sufrieron una represión que se había vuelto totalmente incontrolada e injustificada.

En esa época, los partidos comunistas dirigidos por los incondicionales de Stalin aprobaron sin objeciones tales represiones. Pero, a pesar de ello, Stalin no vaciló en atacar a dirigentes y hasta partidos de los cuales sospechaba o de los que temía que no siempre se plegarían a su voluntad. Gran número de líderes comunistas cuyos países habían caído bajo el yugo del fascismo y que se habían refugiado en Moscú (alemanes, yugoslavos, austriacos, lituanos, españoles, italianos, húngaros. . .), fueron ejecutados. El caso más trágico y escandaloso fue el del Partido Comunista polaco, que fue disuelto oficialmente por la IC en 1938, bajo el pretexto de que se había convertido en nido de espías y delatores. Sus dirigentes, que estaban en Moscú o que fueron llamados desde el frente de España en donde combatían, fueron fusilados. Entre ellos se encontraban antiguos compañeros de Rosa Luxemburgo. Esta hecatombe de fundadores y de dirigentes de la IC llegaría a su punto culminante algunos años más tarde, durante la guerra —aquí en México— con el asesinato de León Trotsky a manos de un agente del NKVD (antecedente de la KGB, policía política de la burocracia soviética).

Algunos se han planteado la pregunta: ¿cómo pudo Stalin llevar simultáneamente una política exterior aparentemente favorable a las democracias y una política interior de exterminio en la Unión Soviética y en la IC? ¿No existía una especie de aberración mental de su parte? Su conducta se aclara cuando se piensa cuál fue la política de Stalin al principio de la guerra. Al avizorarla, trató de evitar que la Unión Soviética se viera implicada, lo cual era en sí correcto y por eso trató de actuar en varios campos imperialistas: realizó abiertamente tratos con las democracias imperialistas y, por debajo, con Alemania nazi. Dio a unos como a otros la garantía de que se aprovecharía de las circuns-

tancias engendradas por la guerra para estimular la revolución, destruyendo con saña a todos aquellos que pudieran ser sospechosos de quererla hacer. Las represiones salvajes de Stalin contra los revolucionarios, o contra quienes hubieran podido regresar a la política de su juventud, no eran fruto de un problema cerebral, sino un elemento muy lógico de su política.

Es bien sabido que en 1939 Stalin hizo un pacto con Hitler, en el que le permitía empezar la guerra en un solo frente e hizo arreglos con él para repartirse Polonia. Durante cerca de dos años, ante la alianza, de hecho, entre Stalin y Hitler, los partidos comunistas denunciaron a las democracias imperialistas y pararon sus críticas al nazismo. Algunos trataron de obtener la legalización de su prensa en los países ocupados por las tropas alemanas. Este periodo del pacto Hitler-Stalin provocó crisis entre los partidos comunistas y se empezaron a vislumbrar los primeros signos, todavía débiles, de las divergencias que aparecieron abiertamente varios años después, cuando se puso fin al monolitismo que había caracterizado el periodo de Stalin.

En junio de 1941, contrariamente a las previsiones de Stalin, tal y como se desprende de las indicaciones reunidas por los historiadores, Hitler se lanzó a la guerra en contra de la Unión Soviética. Stalin se vio una vez más obligado por las circunstancias a dar un viraje político y a aliarse con las democracias imperialistas. En mayo de 1943 decidió autoritariamente la disolución de la IC. Las razones que lo hicieron tomar esa determinación son muy discutidas, pero se puede decir que durante todo ese tiempo de su vida nunca acordó importancia alguna a la IC (llamada por él “la *boutique*”), nunca pronunció un discurso en ninguno de sus congresos; intervino en sus comisiones sólo para “depurar”. No veía en ella más que un elemento problemático para su política; él podía manipular más fácilmente a cada uno de los partidos, tomando en cuenta la relación de fuerzas de que disponía.

La IC, que formalmente había vivido cerca de 25 años, desapareció vergonzosamente durante la guerra, habiendo fracasado en la misión para la cual había sido creada. Desde entonces, no existe prácticamente una Internacional de masas digna de portar ese nombre. Su desaparición se vio acompañada de un retroceso considerable de la noción de la Internacional entre las masas, enfrascadas en lucha contra el régimen capitalista que, sin embargo, eran más numerosas que nunca.

III. La crisis de la burocracia estalinista en Europa Oriental

Al final de la Segunda Guerra Mundial, la influencia de la Unión Soviética

tica se extendió hacia una parte de Europa a raíz de los acuerdos de Yalta, Teherán y Potsdam, que aquélla había firmado con sus aliados americanos y británicos. Tales convenios no preveían, ni explícita ni implícitamente que esta zona de influencia se volviera socialmente idéntica a la Unión Soviética. Al principio ni el mismo Stalin se planteó realizar dicha transformación; pero al estallar la guerra fría lo hizo, utilizando, sobre todo, la presencia de los ejércitos soviéticos. Sólo el país que se había liberado por sí solo, Yugoslavia, fue el único que efectuó por sí mismo tal transformación, y no tardó en entrar en conflicto con Stalin.

Los países incluidos en los acuerdos de Yalta, Teherán y Potsdam fueron sometidos al mismo régimen burocrático que la Unión Soviética y a un alineamiento en relación con la política exterior del Kremlin.

A medida que la dictadura burocrática se iba reforzando, surgieron teorías que describían la naturaleza de la sociedad soviética. La gran paradoja de la Revolución de Octubre es que ésta, al principio, había creado una sociedad marcada de tendencias democráticas, igualitarias, internacionalistas, y que algunos años más tarde había dado lugar a una sociedad en la cual había desigualdades escandalosas, ningún elemento de democracia y un nacionalismo virulento.

A grandes rasgos, se podrían clasificar las teorías de esta sociedad como sigue: a) las teorías del “capitalismo de Estado”, para las cuales o hay más que un capitalismo muy particular y la burocracia es sólo un “capitalismo colectivo”; b) las teorías para las que la burocracia es una “nueva clase” que reemplazó al capital en la explotación del hombre por el hombre; y c) la teoría de Trotsky, según la cual la Unión Soviética sigue siendo un Estado obrero, pero que ha degenerado burocráticamente y en el cual la burocracia no es una clase en el sentido marxista de la palabra; ya que no se fundamenta en el modo de producción de esa sociedad, sino es una capa social parasitaria cuyo crecimiento hipertrofiado se debe a circunstancias específicas; el régimen burocrático sería un accidente de la historia, no una nueva formación histórica.

No pienso detenerme a explorar detalladamente cada una de estas teorías y sus múltiples variantes. No lo hago por desprecio de la teoría. He participado a lo largo de mi vida en numerosas discusiones sobre el tema, por escrito y verbalmente. Pero si en el pasado, sobre todo al principio, nos debíamos guiar sólo por argumentos teóricos, actualmente disponemos de muchos conocimientos sobre las sociedades dirigidas por una burocracia, tenemos un ejemplo ante los ojos, su evolución, y esto nos permite confrontar las teorías con la realidad, verificarlas y eventualmente modificarlas o corregirlas.

Para aquellos que ven en estas sociedades un “capitalismo de Estado”,

se puede decir —desgraciadamente para ellos— que la economía de estos países, que atraviesa ciertamente por grandes dificultades y, lamentablemente, padece el enorme desperdicio engendrado por los privilegios de la burocracia, no funciona para nada según las leyes económicas del capitalismo, y los capitalistas del mundo entero son los más conscientes de ello. Las teorías de “nueva clase explotadora” cuando no son un simple calificativo para expresar la indignación y la oposición a las costumbres burocráticas, llevan lógicamente a negar toda perspectiva socialista a la humanidad, cuestionan el marxismo en su esencia y caen en el pesimismo más oscuro: la humanidad sólo podría pasar de una explotación a otra, a pesar del enorme desarrollo de las fuerzas productivas. Finalmente, está la teoría formulada por Trotsky, que resumiremos en unas cuantas frases.

Al eliminar al sistema capitalista, la Revolución de Octubre había dado a luz nuevas relaciones de producción —propiedad colectiva de los medios de producción, planificación de la economía y monopolio del comercio exterior—, lo cual constituye la base para la construcción de una sociedad socialista.

Pero en ese país atrasado y aislado, que padecía de una escasez de personal calificado y de productos, la capa social que se vio empujada a asegurar la gestión de la sociedad y la distribución del producto nacional ascendió, poco a poco, por encima de las masas obreras y campesinas, aprovechando su posición para atribuirse privilegios, defender sus intereses particulares —diferentes y hasta hostiles a los de las masas—, cada vez en mayor medida. Pero defendió sus intereses y privilegios sin por ello comprometer las bases fundamentales de la nueva sociedad; las defendió incluso en contra del capitalismo, pero a través de métodos muy propios y específicos, a fin de preservar sus privilegios e intereses. Esta capa social estaba a favor de la “estabilización” de la Revolución de Octubre y era hostil a la revolución mundial, ya que ésta podría poner en peligro sus intereses.

Cuando la burocracia alcanzó el poder, las relaciones de fuerza mundiales con el capitalismo eran muy desfavorables para la Unión Soviética; se modificaron considerablemente sólo a partir de que la Unión Soviética se convirtió en la segunda potencia mundial. Trotsky agregaba en *La revolución traicionada*, que los progresos económicos y culturales del país llevarían a las masas a luchar en contra del poder burocrático en una revolución que él calificaba como política en el sentido de que no trataría de cambiar la naturaleza social de las relaciones de producción, sino de eliminar los privilegios burocráticos, de restablecer la democracia socialista hasta un nivel más alto, con lo cual se podría construir una sociedad socialista que no se realizaría to-

talmente más que en un mundo plenamente favorable al socialismo.

Siendo que la vida es siempre más rica de lo que puede prever el cerebro humano, incluso el de un genio, Trotsky no vislumbró una prolongación tan grande del reino burocrático en la Unión Soviética y su expansión hacia otros países que, con excepción de Checoslovaquia y de Alemania del Este, estaban igual de atrasados: Pero sí es cierto que el régimen burocrático se prolongó más de lo previsto; no es un régimen de estabilidad ni en la Unión Soviética ni en los países satélites, sino en un régimen en el que las crisis internas y entre los Estados se multiplican y adquieren cada vez más amplitud. Por ejemplo: ruptura con Yugoslavia en 1948; levantamiento de Berlín Oriental en 1953; revueltas en los campos soviéticos en 1953; vigésimo congreso del partido soviético; manifestaciones y huelgas en Polonia; levantamientos de Hungría en 1956; manifestaciones en Polonia; Primavera de Praga en 1968; Polonia de nuevo en 1970 y 1976; y, a partir de agosto de 1980, otra vez Polonia. Todo esto sin mencionar la existencia de huelgas en la Unión Soviética, cuya información, a nivel de la opinión pública internacional, aparece tardía e incompleta.

¿Qué quieren decir todos estos movimientos, especialmente el observado actualmente, desde hace más de un año, en Polonia, que efectivamente se trata de una revolución que engloba a la gran mayoría de la población polaca, la cual ha expresado muy claramente sus reivindicaciones? Sin duda alguna sí contiene caracteres típicamente polacos, pero también aporta enseñanzas válidas para todos los países donde actualmente impera un régimen burocrático.

Una primera enseñanza: mientras los “disidentes”, los “oponentes”, sólo eran un pequeño número de personas pertenecientes a la *intelligentsia* las reivindicaciones se referían principalmente a los derechos democráticos para ésta —el derecho a escribir o a pintar lo que quisieran— lo cual era una reivindicación legítima, pero cuyo alcance social era limitado. En la Polonia de hoy día, el movimiento engloba a millones de seres humanos, obreros, campesinos, intelectuales, eclesiásticos, no creyentes, miembros del Partido Obrero Unificado Polaco (POUP), gente sin partido desde hace más de un año. Sus reivindicaciones han crecido y debemos constatar que no ha habido una sola voz que se haya levantado para plantear un regreso al capitalismo. Todas las reivindicaciones se colocan en el marco de una sociedad sin capitalistas y sin terratenientes; pero también una sociedad sin privilegios burocráticos, una sociedad democrática, es decir, una sociedad en donde la construcción del socialismo no sea una palabra hueca. Actualmente, las manifestaciones más reaccionarias —porque las hay— han tomado la forma de un hiper-

nacionalismo polaco, o bien, desgraciadamente, de tradiciones antisemitas por parte de un ala ultraburocrática.

El aspecto más positivo de la crisis de la sociedad polaca, el más decisivo, el que le ha garantizado su duración y su crecimiento hasta hoy, es la creación, por los obreros polacos, de una organización sindical de masas, independiente del Estado. Agrupando aproximadamente a las nueve décimas partes de la clase obrera, ha obligado al gobierno y a la dirección del partido a discutir con ella. Desde que se instauró el poder burocrático, es la primera vez que se ve obligado a discutir con representantes auténticos de la clase obrera, en lugar de disponer de un aparato falsamente bautizado como sindicato, que servía solamente para transmitir a los obreros las decisiones del gobierno. Es la primera vez que aparece y se impone una organización independiente del poder, el cual se ha visto en la imposibilidad de acudir, hasta el momento, al empleo de fuerzas coercitivas, temiendo provocar verdaderas explosiones revolucionarias.

Actualmente no podemos estar seguros de que no habrá una intervención del Kremlin como la de Checoslovaquia en 1968. Los artículos de la prensa soviética y las notas del gobierno de Moscú al gobierno de Varsovia, demuestran que no les faltan ganas de hacerlo, pero piensan en el precio tan alto que habría que pagar, no por parte de Washington, sino por parte de los trabajadores de los demás países dominados por una burocracia. Partiendo de aquí, es claro que la fuerza de la burocracia soviética se basa principalmente en la pasividad en la que se mantienen todavía los trabajadores de la Unión Soviética. Se había visto omnipotente frente a una clase obrera agotada, exangüe; pero empieza a vacilar frente a una clase obrera en movimiento, que cuenta con organizaciones propias. Se entiende entonces por qué el llamado del congreso de *Solidaridad* a los trabajadores de los países del mismo régimen provocó tanta cólera y miedo a los burócratas.

La lucha de los trabajadores polacos empezó en Dansk por cuestiones salariales y el precio de los alimentos. Se extendió a todo el país y movilizó a los campesinos en torno a la clase obrera. En su desarrollo, el movimiento provocó toda clase de problemas sociales y políticos (derecho de asociación, de manifestación, de huelga. . .) incluso, prácticamente, el problema del poder, pues se trata de un levantamiento de todo el país en contra del régimen político y su dirección. Basta leer los trabajos del congreso de *Solidaridad*, que plantean los problemas de la dirección y control de la economía —de la producción o de la distribución—, los problemas de la educación y de la información, cultura, justicia, libertades políticas, salud, de la igualdad de todos frente a las elecciones —lo cual implica el derecho a candidaturas múltiples— y, en

consecuencia, a la pluralidad de partidos. También hay que señalar que el congreso de *Solidaridad* dio igualmente un ejemplo de democracia interna mediante la manifestación de corrientes de diferentes orientaciones. Aunque se pudiera pensar que no faltaron las posiciones confusas o erróneas, lo esencial es la capacidad propia de los trabajadores liberados de la tutela burocrática para pensar en sus problemas, los más complejos de la sociedad, para tomar decisiones, su capacidad para dirigir la sociedad infinitamente mejor de lo que lo ha hecho o podría hacerlo la más y mejor dotada de las burocracias.

No queremos insistir tanto en el hecho de que las reivindicaciones propuestas por los trabajadores polacos se acercan al programa formulado por Trotsky a finales de los años treinta —después de todo se trata de reivindicaciones normales para todo marxista revolucionario—, pero quisiéramos señalar que si las reivindicaciones de los trabajadores polacos fueran satisfechas, no solamente en Polonia, sino en los demás países del Este, incluyendo a la Unión Soviética, entonces sería imposible encontrar en tal sociedad la huella de un “capitalismo de Estado” o de una “nueva clase” explotadora. Ciertamente estamos aún muy lejos de la desaparición total de la burocracia, cuya existencia se basa en desigualdades de todo tipo heredadas del pasado; pero, desde ahora es claro, seguro, que una sociedad que ha sido liberada por el capitalismo, no se quedará eternamente bajo el puño de la burocracia. Del ejemplo polaco se puede ver que una extensión de la revolución socialista hacia países económicamente avanzados, partiendo de un nivel económico y cultural más alto, disminuiría considerablemente el papel de la burocracia y acrecentaría el control de la clase obrera sobre el funcionamiento de la sociedad en general y sobre las capas burocráticas que subsistieran durante un tiempo. En ese caso, la burocracia sería lo que Marx denominaba, después de la experiencia de la Comuna de París, el “gobierno de la clase obrera”.

“Como los demás funcionarios públicos, magistrados y jueces debían ser elegidos, responsables y revocables. . . El sufragio universal debía de servir al pueblo constituido en comunas como el sufragio individual sirve a cualquier patrón en busca de trabajadores, contralores y contables para su negocio. Y es un hecho bien conocido que las sociedades, como los individuos, al tratarse de negocios verdaderos, saben generalmente poner a cada quien en su lugar y si cometen una vez un error, saben corregirlo rápidamente.”

Por incompleto que esté aún el ejemplo de Polonia, por incierto que pudiera ser todavía en el contexto internacional actual, confirma plenamente la tendencia de la clase obrera a actuar en el mismo sentido que los obreros parisinos en 1871. Es también una respuesta a algunos pen-

sadores opuestos a la burocracia como Medvedev en la Unión Soviética o Bahro en la República Democrática Alemana, quienes influidos por las ideas de Marcuse sobre quienes pesaba la larga pasividad política de los obreros en sus respectivos países, habían llegado a la conclusión de que la clase obrera ya no pondría fin al régimen burocrático y que esa tarea correspondería a otros que no eran capaces de designar.

La clase obrera polaca probó ser la fuerza social esencial para liberar a la sociedad de la opresión burocrática. Probó que en la confrontación contra una clase obrera que se pone en movimiento de una manera global, la burocracia no dispone de una fuerza de resistencia que pudiera llegar a compararse con la de los capitalistas. Estos sacan la fuerza del lugar, de la función que ocupan en la producción dentro de su sociedad, mientras que la burocracia no ha tratado más que de disimular. Ha sido incapaz de formular cualquier teoría para justificar su existencia, ha pretendido que, en su régimen, la clase obrera es la clase dominante de la sociedad y deja de tener la menor justificación en el hecho de que más de las nueve décimas partes de los trabajadores polacos mostraron finalmente con su ejemplo, que si el reino de la burocracia ha sido más largo de lo que se había pensado —y éste es un problema sobre el cual hay todavía que profundizar— lo que Marx y los marxistas revolucionarios defendieron sobre el papel de la clase obrera en el advenimiento del socialismo sigue siendo cierto a pesar de este interludio burocrático prolongado. Hay también que agradecer a la clase obrera polaca, tan rica en tradiciones revolucionarias, su contribución al rehabilitamiento de la causa del socialismo, mancillada desde hace años por el estalinismo.

IV. La crisis del estalinismo en los partidos comunistas europeos

El objetivo de este escrito es aclarar algunas de las tendencias manifiestas entre los viejos partidos comunistas de masas, los cuales tienen mucho que enseñarnos. Los dos más importantes son el Partido Comunista Italiano (PCI) y el Partido Comunista Francés (PCF); después vienen los partidos comunistas portugués y español. Sólo mencionaré, sin desarrollarlo, el caso de los partidos comunistas finlandés, islandés y griego, cada uno de los cuales tiene características muy particulares. Los cuatro primeros partidos mencionados —el italiano, el francés, el portugués y el español— presentan, además, el interés de que ejercen sus actividades en una zona de Europa donde han tenido lugar, a partir de mayo de 1968, importantes sucesos políticos, incluyendo situaciones prerrevolucionarias durante las cuales dichos partidos han podido darse a conocer.

El Partido Comunista Portugués vivió en la ilegalidad durante varias

décadas, bajo la dictadura de Salazar, y mostró una tenacidad y un valor notables, especialmente en la persona de su principal dirigente, Alvaro Cunhal. Este partido es actualmente —de todos los europeos, incluidos los menos importantes— el más cercano políticamente a Moscú y no se ha declarado para nada como “eurocomunista”. En la actualidad, posee una base sindical fuerte entre las clases obreras. Después de la revolución de los claveles que derrocó a la dictadura, sobrestimó sus posiciones en el país y se sorprendió por el lugar y la influencia adquiridas por el Partido Socialista, que no existía sino hasta la víspera de la caída de la dictadura y que fue creado por Soares con la ayuda de la socialdemocracia alemana. El Partido Socialista se volvió mayoritario en las elecciones que siguieron a la revolución.

La subestimación que el PC había hecho provocó una política sectaria que, sin dejar de ser reformista, permitió a Soares maniobrar y aislar al PC, que perdió una parte de su base y de su influencia después de la situación revolucionaria de 1974-1975, cuyos resultados había bloqueado. El PC participa actualmente en el juego parlamentario como un partido socialdemócrata. El PS, que no quiere oír hablar de acciones comunes con el PC, también ha perdido durante este periodo la mayoría en el plano parlamentario y ha permitido que la burguesía recupere parte del terreno que había perdido.

El Partido Comunista Español (PCE) tuvo que luchar también durante la dictadura de Franco; algunos de sus dirigentes perecieron a manos del verdugo. Su secretario general, Santiago Carrillo, era un líder de las Juventudes Socialistas que manifestó simpatías trotskistas durante la guerra civil, antes de pasar al PCE.

El PCE fue uno de los primeros partidos “eurocomunistas” y por esta razón se enfrentó durante algún tiempo a otro “partido comunista” creado por Moscú, bajo la dirección de Lister, quien fuera general en la guerra civil. La operación de Moscú no tuvo eco en las filas del PC español ni entre las masas españolas. Prácticamente ahí Moscú renunció al proyecto de un partido alternativo sujeto plenamente a su política. Al igual que el Partido Comunista Portugués, aunque menos que él, el español subestimó la fuerza de un partido socialista que tenía un pasado importante. El PC disponía de una fuerte base en las Comisiones Obreras, organizaciones sindicales que se formaron bajo la dictadura. Después de la muerte de Franco, practicó una política contrarreformista, que incluyó coqueteos con la monarquía, firmar acuerdos de colaboración de clase (Pacto de la Moncloa), apoyar las medidas de represión contra los anarquistas y contra las organizaciones vascas que tratan de lograr la independencia mediante la lucha armada y que despertaron gran simpatía entre la población vasca. Actualmente, el Partido Comu-

nista Español ya no intenta participar, como lo hiciera inmediatamente después de la muerte de Franco, en un gobierno burgués; sólo le propone al partido socialista que forme tal gobierno y que él lo apoyaría para, según dice, hacer frente a la reacción, especialmente al ejército (ante decisiones tales como la reciente tentativa de golpe del coronel Tejero).

Esta política tuvo como consecuencia una pérdida de influencia y de efectivos del partido comunista y un retroceso de las Comisiones Obreras, mientras que los sindicatos bajo dirección socialista se elevaron al mismo nivel de fuerza que éstas. Al interior del PC se manifiestan fuertes distensiones, la organización catalana que forma un partido independiente se escapa en gran parte a la dirección de Carrillo. Existe una corriente pro Moscú, pero es débil. Por el contrario, hay en el PC una corriente que pide una orientación “eurocomunista” más marcada y que prácticamente se dirige, confusamente, hacia una dirección socialdemócrata.

El Partido Comunista Italiano fue una fuerza importante durante los primeros años de la Internacional Comunista. El largo periodo de dictadura de Mussolini minó considerablemente sus filas en todo el país. Muchos militantes fueron relegados a las islas. La dirección vivía en el exilio y ejercía una influencia sobre los emigrados (Francia, Bélgica). Su secretario era Togliatti (Ercoli), quien compartía una gran responsabilidad en los crímenes de Stalin. Durante la guerra, se produjo un renacimiento del movimiento comunista en el país, especialmente entre las filas de sus simpatizantes. Los antiguos dirigentes regresaron a Italia, y a la caída de Mussolini, el PCI, ya reconstruido, reclutó masivamente.

Bajo la dirección de Togliatti, este partido —que no había podido constituir hasta entonces un fuerte aparato— no trató de construir una agrupación de militantes de vanguardia, bastaba con poseer la credencial del partido y la dirección empezó a hacer una selección. Esta concepción del partido estaba ligada a una política francamente reformista. Primero de acuerdo con la monarquía, aunque hubiera apoyado a Mussolini hasta el último momento. Luego apoyando un pacto del Estado italiano con el Vaticano que se había comportado como la monarquía. El PC votó a favor de una constitución burguesa con el pretexto de que contenía una cláusula de revisión y alegaba que esto permitía el paso, a través de la vía parlamentaria, hacia una sociedad socialista.

El PC se dividió y nació el Partido Socialdemócrata, ultra-reformista y anticomunista, y quedó un PS que durante algunos años practicó una política de frente único con el PCI. Durante el informe de Jrushev, Togliatti —quien conscientemente había apoyado a Stalin sin ignorar sus crímenes— empezó claramente a tomar una distancia del Kremlin y

fingió desconocer el pasado que tal informe denunciaba. El PCI se encaminó así por la vía que lo llevó al “eurocomunismo”. Poco a poco fue ocupando en el país el lugar que tenían en otras partes de Europa los grandes partidos socialistas. Su régimen interno era aparentemente más suave que el acostumbrado en los partidos estalinianos. Así logró reunir, en algunos años, más del 30 por ciento de los votos en las elecciones. Preconizó una política de “compromiso histórico” —de hecho una coalición gubernamental— entre el PCI y la Democracia Cristiana, gran partido de masas apoyado por el Vaticano.

Mientras tanto, el PCI había acabado con los brotes revolucionarios de las masas suscitados en 1948 y en 1968-1969. Aunque el Vaticano fue derrotado en los referéndums sobre el divorcio y el aborto, no cesó de oponerse al “compromiso histórico”. Desde hace algunos años, el PCI está estancado y ha llegado a verse cierto reflujo electoral, mientras que el PS italiano tuvo recientemente un alza electoral. En la dirección del PCI se han manifestado divergencias, y aunque ésta ya no emplea con tanta frecuencia como antes la expresión de “compromiso histórico”, persevera en la búsqueda de un acuerdo con la Democracia Cristiana, que si llegara a realizarse, sería en condiciones desfavorables para él.

La dirección de Thorez en el Partido Comunista Francés (PCF) fue creada por la intervención de la dirección de la IC al principio de los años 30. Ya se encontraba a la cabeza del partido cuando éste vivió el ascenso de junio de 1936. Para cuando terminó la guerra, el PCF ya se había vuelto hegemónico en el movimiento obrero francés. Thorez estaba a la cabeza de un aparato directivo del partido, de los sindicatos, de numerosos municipios, de organizaciones de mujeres, de jóvenes, de inquilinos, de campesinos, de deportistas, de cooperativistas, de organizaciones culturales, aparato que probablemente contaba con miles de miembros, o sea, más que los efectivos de algunos ministerios. Desde 1935 había renunciado a toda la política revolucionaria para colaborar con los partidos burgueses llamados de izquierda. Preconizaba la defensa nacional y la defensa de las colonias francesas, con excepción del periodo del pacto Hitler-Stalin.

Después de la liberación, el PCF contribuyó al restablecimiento del Estado burgués, bajo la dirección de De Gaulle, quien lo reconoció abiertamente. Entonces, era necesario, según la fórmula de Thorez, “un solo Estado, un solo ejército, una sola policía”. Aun cuando lo echaron del gobierno al comienzo de la “guerra fría”, desempeñó un papel de freno en la descolonización y luchó durante mucho tiempo contra quienes ayudaban a las luchas de los pueblos colonizados. Actualmente se esfuerza por maquillar su historia sobre este aspecto.

El PCF conserva su hegemonía sobre la clase obrera gracias al poder

que tiene sobre la Confederación General de Trabajadores y al hecho de que el PS, dirigido por Guy Mollet, fue el principal partido gubernamental bajo la Cuarta República. El PCF perdió parte de su electorado en 1958, cuando De Gaulle tomó el poder, pero no tardó en reconquistar sus votos. En mayo de 1968 sacrificó la huelga general a cambio de las elecciones legislativas que de todas maneras perdió. El PCF parecía estar en su cenit, cerca del 25 por ciento de los votos, mientras que el PS estaba en lo más bajo, aproximadamente cinco por ciento. Pero este partido se reorganizó bajo la dirección de Mitterrand, quien se pronunció a favor de una política de "unión de la izquierda" con el PCF y algunos grupúsculos burgueses, y se colocó así en el mismo sentido de la política que preconizaba desde hacía algunos años el PCF.

En la historia de las experiencias de acuerdos entre el PCF y el PS, en 1936 y al final de la guerra, siempre salió reforzado el primero, por lo que esperaba que la Unión de la Izquierda crecería todavía más a expensas de su rival. Mitterrand explicó en el congreso de la Internacional Socialista que se celebró en Austria en 1972 que el movimiento de Mayo de 1968 ya no daba lugar a la política que Guy Mollet practicaba, que el PS debía volverse hacia su izquierda, aliarse al PCF, que esta política era la única capaz de recuperar los electores que el PS había perdido en provecho del PC y de ganar otros. Este pronóstico no tardó en verificarse. Después que las elecciones municipales de marzo lo confirmaron y dieron la mayoría en las grandes ciudades a la coalición PS-PC y se manifestó la existencia no despreciable de una extrema izquierda; la dirección del PCF utilizó diferentes pretextos, algunos válidos presentados por la política del PS, y otros artificiales, para romper la Unión de Izquierda en septiembre de 1977 y lanzarse a una política sectaria que sólo favorecía a la burguesía, dirigida contra el PS.

Las elecciones legislativas de marzo de 1978 significaron una derrota para los partidos obreros. Pero la política de Giscard sublevó en su contra a las grandes masas que rebasaron la división de los partidos. De ahí lo que vieron este año, la elección de Mitterrand a la presidencia de la república y la de una mayoría socialista absoluta en la Asamblea Nacional. El PCF perdió en estas elecciones entre el 20 y el 25 por ciento de sus votos. Tuvo que sufragar en la segunda vuelta por los socialistas y entrar en un gobierno dirigido por el socialista Mauroy, bajo las condiciones del PS, so pena de ver disminuir todavía más su influencia.

La dirección del PCF piensa que esta derrota es un accidente coyuntural causado por el modo en que se realiza el escrutinio. No comparto esa opinión. Pienso que el movimiento obrero francés ha entrado en un periodo de reconstrucción política luego de una rica experiencia dada por la huelga general en ascenso en 1947-1948, la guerra de Argelia y

mayo de 1968. Durante todo ese tiempo, el movimiento obrero francés confió en el PC, el cual no pudo aportar una solución a tales circunstancias. En la crisis internacional del estalinismo casi no se ha desprendido del Kremlin: defendió la entrada de tropas soviéticas en Afganistán y nunca ha apoyado a *Solidaridad*. Ha demostrado en varias ocasiones que sus intereses de grupo tienen prioridad por sobre los de toda clase. Los trabajadores franceses no tienen mucha confianza en el PS ni en Mitterrand, pero han visto en éste a un político hábil, capaz de derrotar a los candidatos burgueses. De entre dos partidos reformistas, el PS y el PC, el PS aparece como el más creíble.

Actualmente están ya presentes fuerzas de la extrema izquierda, pero todavía no aparecen como una dirección de recambio. Hemos pasado a un nuevo periodo de ascenso obrero que no ha tenido precedente en lo que concierne a la constelación política. El PCF ha entrado en un periodo de descenso. Su política sectaria de 1977-1981 ha aumentado la desconfianza hacia él y hacia todos los aparatos del movimiento obrero. La desconfianza hacia la dirección del PCF abarca incluso a una parte del aparato del PCF y de la CGT, que hasta ahora habían sido impermeables a toda crítica de la política de sus organizaciones.

Veamos algunas conclusiones que aportan los ejemplos de los partidos comunistas que hemos dado:

a) Estos partidos comunistas se han beneficiado, mucho tiempo después de que Moscú cesara de ser un verdadero polo revolucionario, de prestigio y autoridad entre grandes masas que no entendían el lugar y el papel de la burocracia soviética, y que veían en los partidos comunistas la prolongación de la Revolución de Octubre. Actualmente, si la Unión Soviética dispone todavía de algún prestigio en ciertos países subdesarrollados, se debe en parte al mismo subdesarrollo y al hecho de que se ha convertido en la segunda potencia del mundo. En los países económicamente desarrollados este factor no existe y los trabajadores se dan cuenta de la ausencia total de democracia bajo el dominio de la burocracia. Los acontecimientos de Polonia sólo evidencian más esta situación.

b) Después de la guerra, Togliatti, que por ningún motivo deseaba revivir la experiencia de la Internacional Comunista, pero que comprendía que la ausencia total de una organización comunista internacional provocaría múltiples dificultades entre los partidos, lanzó la idea del "policentrismo", entendiéndolo por ello la formación de varios centros internacionales en función de las condiciones geográficas que permitieran la agrupación de los partidos comunistas susceptibles de tener políticas cercanas.

Algunos llegaron a pensar que el "eurocentrismo" podría ser una

manifestación de ese “policentrismo”. Las experiencias de los cuatro partidos más importantes que habrían podido dar cuerpo al “eurocomunismo” demuestran que sólo se trata de una vaga noción que no ha tomado fuerza alguna y que no ha acercado para nada a dichos partidos. No cabe duda de que existen algunas similitudes de desarrollo político entre los partidos políticos que actúan en una misma región del globo, pero la proximidad geográfica no puede sustituir a una base teórica. El abandono de los principios internacionalistas que eran la base de la Internacional Comunista y de los partidos comunistas y su sustitución por el “socialismo en un solo país” hacen que pesen sobre la política cotidiana de los partidos comunistas de los distintos países las presiones de las fuerzas de las clases adversas, presiones que son aún más porque esas clases siguen siendo fuertes, como lo manifiestan los partidos europeos.

c) Aunque los partidos comunistas europeos sigan políticas parecidas a las de los partidos socialistas, la burguesía continúa siendo extremadamente hostil a la entrada de los partidos comunistas al gobierno. El reciente caso del PCF no contradice verdaderamente esta afirmación, pues se trata de un suceso particular que se explica por una coyuntura excepcional en la que la habilidad de Mitterrand supo capitalizar la debilidad del PC y quiere debilitarlo todavía más, a través de asociarlo al gobierno para controlar más a los trabajadores. La hostilidad de las burguesías proviene del hecho de que, a pesar de su política, los partidos comunistas conservan lazos distendidos en relación al pasado, pero reales, con el Kremlin.

d) Todavía es posible que se produzcan algunas fluctuaciones futuras, pero parece seguro afirmar que los partidos comunistas en los países capitalistas de Europa tienen una influencia estancada en descenso, a pesar de que la crisis del capitalismo ha engendrado millones de desempleados y un alza aún lenta pero real de la lucha de clases, una radicalización política de las masas. Estos partidos, al igual que los partidos socialistas, han provocado un retroceso del marxismo revolucionario al interior del movimiento obrero, una perversión de las nociones más esenciales que desaparece muy lentamente, ya que el ascenso obrero todavía no ha logrado grandes victorias, únicas capaces de dar un poderoso impulso para una renovación teórica. Pero es claro que estamos frente a grandes luchas, y tenemos razones para confiar en sus alcances.

Nos faltaría ver, para cerrar estas exposiciones, cómo se plantea en la presente coyuntura la cuestión de la Internacional como elemento decisivo para acelerar la declinación del estalinismo y garantizar la victoria mundial del socialismo.

V. La Internacional, centro de gravedad del movimiento obrero

Las nociones socialismo e internacionalismo son apenas contemporáneas. Marx explicó que el desarrollo del capitalismo requería del marco de Estados nacionales, pero que la clase obrera, desprovista de toda propiedad que no sea su fuerza de trabajo, era internacional, aun más cuando el desarrollo de las fuerzas productivas rebasara las fronteras nacionales. Marx consagró varios años de su vida a la Primera Internacional, hasta en perjuicio de sus trabajos teóricos. No es posible dar una mejor definición de la importancia de la Internacional que el pensamiento de Rosa Luxemburgo, durante la Primera Guerra Mundial: “En la Internacional se sitúa el centro de gravedad de la organización de clase del proletariado”.

La quiebra de la Internacional Comunista (ocurrida después de la Segunda), hizo retroceder considerablemente la idea de la Internacional en el movimiento obrero. Desde hace aproximadamente 50 años no existe una verdadera Internacional de masas. La Internacional Socialista es un salón de reunión, de vez en cuando, de antiguos, actuales o futuros ministros de la burguesía; las internacionales sindicales son organismos burocráticos integrados a la Organización Mundial del Trabajo, es decir —de hecho—, a las Naciones Unidas. Estas seudointernacionales no tratan de estimular ni de organizar las luchas internacionales; no toman decisiones comprometedoras para sus participantes; su funcionamiento es parecido al de la ONU (se discuten los grandes principios, pero cada cual actúa de acuerdo a su fuerza).

Recordemos también que después de desaparecida la Segunda Internacional, la Internacional Comunista había sido concebida según su régimen basado en el centralismo democrático (democrático en la elaboración política y centralizado en la acción). El estalinismo desfiguró dicha noción. Presenta los directivos de los partidos comunistas, al igual que la burguesía, como un régimen jerárquico muy cercano al del cuartel. Asimismo, la noción del internacionalismo proletario ha sido desfigurada y ha tomado entre los estalinistas el significado de alineamiento de la política de las organizaciones dirigidas por ellos con respecto a la política exterior del Kremlin; o sea, prácticamente, la subordinación de los intereses de los trabajadores de algún país a los de la burocracia soviética en el mundo.

Descartamos esas caricaturas, rechazamos esas desfiguraciones del internacionalismo proletario y de la democracia obrera. Como no tienen base marxista alguna y se originan en los intereses específicos de la burocracia de un país, la Unión Soviética, a partir del momento en que la burocracia de otro país se siente suficientemente fuerte para enfren-

tarse al Kremlin, llama “socialismo” a sus propios intereses (ver los ejemplos de Yugoslavia y China principalmente).

Por las experiencias fallidas del pasado, algunos piensan que no podrá ser de otra forma, que cualquier internacional se convertirá en un aparato con pretensiones de dirigir todo el movimiento obrero mundial que se conduciría como el cuartel general de un ejército dando órdenes a organizaciones y a hombres que se encuentran a miles y miles de kilómetros. Ver así las cosas, es pensar que la historia no es más que una repetición perpetua, lo cual es falso y absurdo ya que eso significaría que la humanidad es incapaz de aprender y de cambiar algo de su historia. Además y sobre todo, es desconocer el por qué de la Internacional, tener una opinión mecánica de la evolución de la sociedad en nuestra época. Por último, es no comprender que el socialismo no es y no será una suma aritmética de socialismos “nacionales” que se desarrollan independientemente unos de otros. En nuestra época, aún más que en la de Marx, el mercado mundial es una realidad aun cuando esté dividido en países capitalistas y países liberados del capitalismo; une al mundo entero en un todo donde cada nación, cada economía, es de hecho la expresión del desarrollo histórico particular por el que ha pasado y al que ha llegado.

“No se puede reorganizar ni siquiera comprender el capitalismo nacional si no se le ve como parte de la economía mundial”, escribió Trotsky en 1930; y agregaba: “Los rasgos específicos de la economía nacional, por importantes que sean, comprenden a un grado cada vez mayor los elementos de una unidad más alta que se llama la economía mundial y sobre la que, al final de cuentas, reposa el internacionalismo. . .”.

No existe independencia nacional absoluta y todo lo que pasa en algún rincón de la tierra repercute en el resto del mundo. El desarrollo de los países industrializados se ha hecho y continúa haciéndose a costa de los países que no lo son. Recíprocamente, las explosiones revolucionarias en las antípodas acumulan pólvora en Estados Unidos, que algún día llegará a incendiarse. Cualquier victoria revolucionaria es una victoria para todos los trabajadores y recíprocamente, cualquier derrota es una derrota para todos. Claro está que no hay que llevar este pensamiento hasta lo absurdo y creer que lo que es verdadero para un movimiento importante de masas se aplique automáticamente para una huelga de importancia local. El punto de partida de la noción de la Internacional es esta combinación del mundo, cada vez más reforzada actualmente, debido a la existencia de sociedades capitalistas transnacionales.

La consecuencia de tal situación es que ya no es posible elaborar un

programa nacional válido para un partido obrero, sino es partiendo de un análisis global de la situación mundial de la cual se desprenden la comprensión de las perspectivas y, por lo tanto, los principales lineamientos adecuados para dirigir la lucha en algún país. Tal análisis global no puede realizarlo correctamente una dirección nacional por calificada que sea, pues un análisis no es la conclusión de un simple conocimiento de información y de datos estadísticos —los cuales son absolutamente necesarios— sino también el conocimiento de la lucha de clases de un gran número de países. O sea que, para los marxistas, dicho conocimiento no es una serie de informaciones de prensa, sino el fruto de la participación en la lucha de masas, de la praxis de la lucha de clases a escala internacional. Solamente una organización internacional, cuyas secciones estén ligadas a la clase obrera y a las luchas de su país, es capaz de integrar tales experiencias a escala mundial, y por tanto, de hacer un verdadero análisis global de la situación mundial, del cual se desprenderá una adaptación adecuada a cada país.

No quiero decir con ello que la organización internacional no es susceptible de cometer errores —nadie está exento de ello—, pero en el mundo contemporáneo, donde actúan enormes fuerzas hostiles al socialismo, donde se ejercen presiones considerables sobre cada uno de nosotros y sobre cada organización, sólo una organización internacional es susceptible de resistir mejor a estas fuerzas y presiones y, por tanto, más fácil evitar los errores. Ninguna organización, ningún partido nacional, sólo una internacional, puede contar con una visión correcta, global, de la situación mundial.

Afirmar la unidad de la lucha mundial por el socialismo no significa en caso alguno que esta lucha tenga un carácter uniforme, que exija en todos lados los mismos programas de acción, los mismos lineamientos, como los hacen los estalinistas, especialmente como lo hicieron, por ejemplo, durante los años treinta.

Sin ser independientes, no son absolutamente idénticos. Baste mencionar la extrema diversidad de las grandes luchas que se llevan a cabo actualmente en el mundo, luchas revolucionarias en América Central, luchas por los derechos democráticos en varios países de América Latina, lucha por la democracia socialista en Polonia, luchas por la semana de 35 horas en Europa Occidental, para entender que, aun cuando son convergentes en su dirección hacia el socialismo, en diferentes niveles, cada una tiene sus propios ritmos y repercusiones diferenciadas en las distintas partes del mundo.

Por lo que toca al argumento según el cual una organización internacional llevaría automáticamente a un régimen burocrático, por poco válido que fuera, lo sería también para cualquier organización nacional,

lo que llevaría al espontaneísmo más absurdo y desarmaría a los trabajadores frente a un enemigo de clase que posee, además de su Estado, numerosas organizaciones de lucha contra el movimiento obrero (sindicatos patronales, cámaras de comercio, partidos, ejército, policía, justicia. . .).

Por el contrario, una lección que debe rescatarse de la experiencia de la Internacional Comunista es que una conquista de la clase obrera, por importante que sea, como la dirección de un Estado como la Unión Soviética, no puede colocarse por encima y a costa de las necesidades y de las perspectivas de una lucha efectiva llevada en determinado país. Muchos cometieron ese error —y el estalinismo se valió de ello— cuando la Unión Soviética aparecía como el último pilar ante la caída del fascismo. Más tarde, algunos cometieron nuevamente el mismo error, pero de una forma que se ha vuelto un poco ridícula (China u otros Estados obreros). La defensa de esto no reside en el freno —para no decir el sabotaje— de una lucha de masas en cualquier lugar del mundo. En ningún caso se debe privilegiar una conquista del movimiento obrero a costa de sus intereses generales.

Hemos dicho varias veces que la noción de la Internacional ha padecido las nefastas consecuencias de dos derrotas sucesivas. Pero no podemos limitarnos a eso. Las dificultades presentes que enfrentamos para rebasar esta situación no provienen solamente de ese pasado y de la actitud hostil de las direcciones burocráticas del movimiento obrero. Existen también dificultades totalmente objetivas que provienen, paradójicamente, de la expansión y del desarrollo desigual del movimiento obrero en el mundo. Empleamos palabras clase obrera, movimiento obrero, etcétera, olvidando que tales palabras, como todos los conceptos, representan realidades que cambian y se transforman en el tiempo. La clase obrera estuvo al principio constituida por una facción mínima de la población humana, perdida al interior de un gigantesco océano campesino. Todavía hace cincuenta años, cuando la Internacional Comunista murió políticamente, la clase obrera mundial no constituía más que aproximadamente el 10 por ciento de la población del globo. Actualmente, después de la industrialización y de la urbanización de las últimas décadas, es la clase más numerosa de la humanidad, constituyendo en varios países importantes 70, 80 y a veces 90 por ciento de la población. Por lo que toca al movimiento obrero, el primer congreso de la Primera Internacional en 1866 sólo reunía a los delegados de tres países.

En vísperas de la guerra de 1914, la Internacional incluía a militantes de unos 30 países, pero, en general, fuera de Europa no había más que minúsculos partidos. En su momento culminante, la Internacional

Comunista estaba presente en todos los continentes, pero de una forma muy desigual. Ahora, el movimiento obrero, habiendo crecido en la mayoría de los países, es más heterogéneo que nunca. Sólo esto sería suficiente para dificultar una cohesión política internacional. Pero además, por condiciones históricas que no podemos desarrollar aquí, sucede que hasta hace aproximadamente cincuenta años en el centro del movimiento internacional se encontraban las organizaciones numéricamente más fuertes. Las clases obreras actualmente más numerosas, la de Estados Unidos en el mundo capitalista y la de la Unión Soviética en el no capitalista, que suman cada una cerca de 100 millones de personas y que tanto una como la otra cuentan con un pasado de luchas muy importantes, no cuentan con un partido político de masas independiente del capitalismo en los Estados Unidos, o de la burocracia en la Unión Soviética; de suerte que no juegan un papel político activo en su país respectivo ni a escala mundial. Vimos por ejemplo en Estados Unidos, durante la guerra de Vietnam, que aunque numerosos obreros participaran en el movimiento antiguerra, no hubo un cambio sustancial en la situación del movimiento obrero. En la Unión Soviética, durante la invasión a Checoslovaquia y actualmente con respecto a Polonia, la clase obrera permanece muda. A este cuadro habría que agregar que la clase obrera alemana, muy numerosa y que ha estado durante muchos años a la vanguardia, se vio totalmente desangrada por el nazismo y después dividida entre dos Estados artificiales, lo cual alimenta, en ambos, corrientes reaccionarias. Así, las circunstancias actuales agravan extremadamente la heterogeneidad y las tendencias centrífugas en la clase obrera, de tal suerte que si comprendemos que la frase de Rosa Luxemburgo sobre la Internacional como centro de gravedad no es una fórmula retórica, que corresponde profundamente al papel que debe cumplir, se ve hasta qué punto se agregan las circunstancias a las dificultades afrontadas para la reconstrucción de ese centro de gravedad.

Sin embargo, si existen dificultades enormes, ello no quiere decir que la reconstrucción de una Internacional de masas no tendrá lugar, que sólo se verá en un futuro muy lejano, indeterminado. En este aspecto tampoco hay un desarrollo gradual. La progresión de la noción de la Internacional será función de los progresos de la revolución en el mundo. Es indudable que, en las últimas décadas, el objetivo de la independencia nacional ha ocupado un lugar dominante. No obstante, la revolución cubana no ha podido desentenderse del avance de la revolución en América Latina. En Europa, que despertó después de tantos años de prosperidad hasta entonces desconocida, la cuestión de la Internacional es una exigencia absoluta para el movimiento obrero. En esta parte del mundo las fuerzas productivas asfixiadas por las fronteras nacionales

han provocado dos guerras mundiales; los capitalistas europeos se han visto obligados por esta situación a organizar para su defensa económica remedos de Estados Unidos, la Comunidad Económica Europea. Desde mayo de 1968 el levantamiento de las luchas en Europa ha dado nuevos bríos a las corrientes revolucionarias, incluyendo, aunque aún de forma insuficiente, la idea de la Internacional. En el movimiento obrero europeo debemos incluir el movimiento obrero de países como Polonia, Checoslovaquia y al no menos importante movimiento obrero ruso, el cual estuvo en el pasado en contra de Europa.

Para terminar, hablaré sobre la organización internacional a la cual pertenezco desde su creación, la Cuarta Internacional. La noción de la Internacional que he presentado es la que no hemos cesado de defender desde que empezamos a combatir al estalinismo para mantener y enriquecer en la clase obrera los logros del marxismo revolucionario.

La Internacional no es para nosotros una abstracción teórica, un pensamiento. Para nosotros la Cuarta Internacional como organización es una parte constituyente de nuestro programa, pues, como dije anteriormente, no separamos el conocimiento teórico de la práctica política. Sabemos mejor que nadie sus debilidades y sus carencias, pero no somos menos conscientes de la fuerza política que nos da. Desde que creamos la Cuarta Internacional hemos atravesado por situaciones extremadamente difíciles: la guerra mundial, la ilegalidad en numerosos países, una represión no sólo de parte del capitalismo sino también, tal vez más feroz, de parte de la burocracia estalinista desde los *maquis* hasta los campos de concentración. No teníamos fuerza material ni apoyo de Estados. Otras organizaciones se formaron con militantes devotos y, sin embargo, han desaparecido. Sólo la Cuarta Internacional ha sobrevivido y crecido. Todo gran impulso de la clase obrera se ha visto acompañado de un crecimiento de la Cuarta Internacional. Sabemos que en ella reside lo esencial de nuestra fuerza. Hemos seguido una larga trayectoria que está lejos de llegar a su fin y seguimos un camino lleno de enormes obstáculos. Seguiremos nuestro camino con la convicción inquebrantable que nos ha dado el pasado. A través de desarrollos futuros que no podemos prever hoy, estamos seguros de que nuestras ideas penetrarán en el movimiento obrero, que la Internacional se convertirá en una organización de masas que asegurará la victoria mundial del socialismo.

Post-scriptum*

No pude –por razones de salud– ir a México hace más de un año para presentar las exposiciones que siguen; me parece útil en razón de los acontecimientos sucedidos agregar a esas exposiciones un post-scriptum, referente a la crisis del estalinismo en los Partidos Comunistas Europeos de Oriente y Occidente. Los otros escritos conservan toda su significación en relación a la historia y a la necesidad de la Internacional Marxista Revolucionaria.

1) El Eurocomunismo es una tentativa por encontrar una base teórica y política a los partidos comunistas, sobre todo en algunos países de Europa Occidental, sustituyendo así al estalinismo inoperante; ha resultado igualmente un fracaso en los principales partidos involucrados, particularmente en aquellos constituidos por una base de masas. En primer lugar, el Partido Comunista Español, que se había mostrado como el más feroz eurocomunista, ha observado múltiples rupturas (Cataluña, País Vasco, etcétera); exclusiones de dirigentes, incluso sindicales, y además una dura derrota electoral que casi lo redujo a una formación marginal. Como resultado Santiago Carrillo, durante un largo tiempo Secretario General, dimitió de su puesto. Resulta difícil pensar que este partido pudiera reconquistar el terreno perdido.

En tanto, el Partido Comunista Francés no se ha pronunciado claramente en materia de eurocomunismo; esta indecisión no le ha servido de nada. Su retroceso en las elecciones de 1981 (pérdida de su electorado que oscila entre un 20 y 25 por ciento) se acentuó con la participación en el gobierno, bajo la dirección del Partido Socialista, donde debe defender las medidas de “rigor” que no son distintas a las medidas de “austeridad” tomadas en otro momento por el gobierno de Giscard-Barre. Retrocedió igualmente en las elecciones cantonales de 1982; la Confederación General de Trabajadores (CGT), que se alinea estrictamente a la política del PC, reculó en varios puntos en las elecciones de magistrados del trabajo, en el mismo año. Las células del partido se reúnen poco. La dirección no se atreve a abandonar la coalición gubernamental con el PS, por temor a sufrir nuevas regresiones.

Respecto del Partido Comunista Italiano, todas las indicaciones concuerdan en el sentido de una pérdida de influencia. El partido dio, sin decirlo, un giro político, retirando el apoyo al gobierno pasó a una oposición parlamentaria y renunció a la fórmula del “compromiso histórico” para avanzar una proposición gubernamental formulada de ma-

* Traducción del francés por Alejandro Gálvez

nera ambigua: una “coalición de izquierda”. Durante este tiempo, el Partido Socialista, que participa en el gobierno, apunta a un ascenso electoral a costa del PC y lo ataca con más fuerza que nunca. Berlinguer toma cada vez más distancia frente al Kremlin expresándose en términos susceptibles de diversas interpretaciones (un hábito de esta dirección). Cuando afirma que la Unión Soviética ya no constituye un polo para el movimiento obrero mundial, de hecho, se distancia del Kremlin, pero renuncia también a la Revolución de Octubre y a sus enseñanzas.

En conclusión, los partidos comunistas europeos (con excepción tal vez del PC portugués), están perdiendo fuerza. La base de masas que durante largo tiempo le dio confianza, se desmoronó, a pesar de sus múltiples virajes políticos. En la crisis económica actual, entre su reformismo y el de los partidos socialistas, las masas trabajadoras inclinan sus preferencias hacia el del PS. Es una situación que plantea problemas nuevos, no contemplados en nuestras exposiciones.

2) En el momento en que preparaba este documento era prudente, con base en las perspectivas cercanas, tomar en cuenta la situación en Polonia. Entonces era totalmente claro que la situación en ese país, provocada por las huelgas de julio-agosto de 1980, tendía hacia un paroxismo. *Solidaridad* dudaba en cuanto a la línea a seguir y se rehusaba, sobre todo, a llamar a las masas a luchar por el poder, ya que crecía el peligro de que el Estado tomara la iniciativa y pasara a la ofensiva. Esto fue lo que se produjo o, más bien, fue el ejército quien, bajo la conducción del primer ministro, el general Jaruselsky, sustituyó al gobierno e instituyó el estado de sitio el 13 de diciembre de 1981. Las esperanzas creadas en la población polaca después de la huelga de Gdansk se vieron frustradas. *Solidaridad* vive aún, pero en la ilegalidad y sus medios se redujeron considerablemente. Miles de militantes obreros están encarcelados. El Estado de sitio, formalmente “suspendido”, subsiste efectivamente gracias a nuevas disposiciones jurídicas. El derecho de huelga es prácticamente inexistente. Ciertamente el poder no tiene apoyo en las masas; el Partido Obrero Polaco (estalinista) virtualmente no existe; los trabajadores no se han vuelto a afiliarse a los sindicatos oficiales; las aspiraciones por la democracia socialista siguen estando muy vivas en las masas y la situación económica del país no mejora.

La perspectiva de nuevos movimientos de masas subsiste, pero nadie puede decir nada preciso en cuanto a los plazos. La lección más importante que se puede sacar de los 18 meses que movieron a toda la población polaca, es la necesidad de una dirección marxista revolucionaria en vista de los movimientos de *Solidaridad*, cuyos esfuerzos, logrados en tan poco tiempo, deben, sin embargo, celebrarse. Fue impotente por su falta de madurez política y por la influencia paralizante de la jerarquía

católica. Esta iglesia, ligada a la larga historia de Polonia constituye, hoy, cierto lugar de refugio, de resistencia al poder; pero la jerarquía no es de ninguna manera una dirección de combate. Intenta acomodarse en el poder para mantener y, si es posible, aumentar sus propios privilegios.

En lo que concierne a los otros Estados obreros burocráticamente degenerados, incluida la Unión Soviética enredada en su expedición a Afganistán, deben todos hacer frente a dificultades económicas que en el pasado nunca tuvieron. Estas dificultades no se originan, como en el caso de los países capitalistas desarrollados, en crisis económicas; son, más que nada, el resultado de años y años de gestión burocrática y de régimen dictatorial impuestos a estas naciones, gestión y régimen que han desanimado al extremo a las masas trabajadoras que ahora se manifiestan a través de una resistencia pasiva en el dominio de la producción, ya que no obtienen ninguna ventaja de los sacrificios realizados, mientras que los burócratas se otorgan escandalosos privilegios. Lo que se produjo en 1980 y 1981 en Polonia no es un fenómeno excepcional. Las fallas se perciben cada vez más en ese mundo burocrático; no es imposible que la instalación de una nueva dirección en la Unión Soviética dé lugar, en poco tiempo, a la aparición de crisis políticas, primero en el aparato y después en toda la sociedad.